

BIBLIOTECA CERVANTINA⁽¹⁾

por Francisco Tolsada

Es la Biblioteca, juntamente con la Escuela—su compañera inseparable—una de las instituciones más importantes de todo país civilizado. Más aun: La Biblioteca es complemento imprescindible de la Escuela, de la Cátedra, del Seminario, de todo lugar en suma, donde se moldean, se amplifican y se revisten gravemente los conocimientos transmitidos por los maestros.

En la Biblioteca, tiene lugar la cabal perfección del conocimiento y del saber; la plena madurez de las ideas levemente apuntadas en la Escuela, en la Cátedra, en el Seminario. Es por tanto una verdadera necesidad, la Biblioteca, si el pueblo quiere ser culto, si quiere seguir el camino interminable y accidentado del Progreso, si quiere satisfacer cumplidamente sus anhelos de grandeza, ya que la grandeza más extraordinaria, la grandeza más noble que puede adquirirse es la de la sabiduría donde afortunadamente no prosperan las bastardas pasiones que florecen en los demás senderos de la vida.

En las Bibliotecas, depósitos sagrados de las civilizaciones muertas, guardadas de la Ciencia y del Saber viviente, se conservan incólumes las verdades descubiertas por nuestros antepasados, que, cual espléndida herencia legan a las generaciones futuras, ofreciendo y haciendo partícipes de ellas aun a aquel que, un poco temeroso por su pequeñez, se adentra por sus floridos a veces y a veces espinosos caminos.

Es la Biblioteca, sin dudar alguna, el medio más eficaz para instruir al pueblo y sin disputa, la que contribuye con mayor eficacia a la propagación de la Ciencia; la que imprime por medio de la lectura, velocidad y dirección a las energías morales e intelectuales del hombre, descubriéndole tesoros deslumbrantes y riquísimos filones de saber; fuentes inagotables cuya immaculada linfa es una nueva agua purificante y redentora de la razón del sentimiento.

Lo mismo el brillante fruto del ingenio, gala y honor de su tiempo y de su autor, que la obra anónima a quien padre desnaturalizado intelectual, negó su nombre por vergonzosa o mal formada; igual al sublime poema del Ariosto que al verso ramplón y vulgarote del ciego callejero; la diaria información del reportero que el transcendental discurso del Estadista o el hombre de ciencia; el mimado libro de oraciones de la dama que el tosco folio del cenobita; el corto folleto que el abultado volumen o la hoja impresa, todo, absolutamente todo, tiene acogida en su seno maternal, sin desdicharse de admitir en su familia, criatura alguna del espíritu, por nimia, corta de talla, fea o malferida que parezca; a todas ellas abre sus brazos generosos, cuida, mimó y alberga en sus palacios, revistiéndolo con coraza de ricos o pobres materiales, sus débiles carnes, para que mejor resistan los embates del tiempo y del mundo a que las lanza y donde muchas dejan girones de su carne y de su piel entre las manos que las tratan. Ella las cura y restaura su incompleta personalidad, buscándolas los miembros que perdieron en su trato con los hombres; indaga, induce y averigua el origen cierto o posible de su cuna para darles el nombre que su autor les negara al nacer, por feas, malas o insidiosas. Llegando sus desvelos por conservarlas la existencia, no solo a negarlas en absoluto salir de su recinto, regla general a todas ellas, sino a prohibirlas momentáneamente siquiera, abandonar el lugar que ocupan las entidades codiciadas o expuestas a desaparecer del mundo de los libros, por su hermosura, por rica o rara en el comercio; constituyéndolas en verdaderas prisioneras, obligando al visitante a contentarse con admirarlas a través de la celosía o del cristal de la vitrina que las guarda en su clausura, como los autógrafos de Teresa la Santa, los devocionarios Regios o el Códice Aureo de la Biblioteca del Escorial, únicos en el

mundo. Así es la Biblioteca; esta es su obra de conservación, para que, después, generaciones sucesivas aquilaten, depuren después la obra y separen el oro de la escoria.

A nadie pues, absolutamente a nadie, se le oculta la verdadera importancia de las Bibliotecas; el papel tan activo que desempeñan en la vida espiritual de los pueblos y, — casi sin temor a exageraciones— en la vida material.

Ella, como antes dije, es el complemento de la Escuela, como ésta es la introductora del hombre en la Biblioteca.

La perfección de la Escuela, la Escuela ideal, para ser considerada así, había de ser la conjunción íntima de una y otra, la fusión estrecha entre las dos; y el resultado de esa sagrada cópula, sería la Escuela ideada por el divino Platón y que a tan gran altura elevó al pueblo griego, en aquel siglo V (a. d. C.), que debía ser norma y pauta a seguir para el perfeccionamiento de la pedagogía moderna.

Y para de una vez demostrar la importancia de la institución cuyo estudio nos ocupa, consignaremos hechos que tienen toda la brillante elocuencia que falta a mis palabras.

Desde la más remota antigüedad, allá donde se pierde la noción de todo testimonio histórico, donde un abismo insondable se nos ofrece, encontramos ya signos inequívocos de la existencia de las Bibliotecas. Y es que la afición de conservar la memoria de los hechos, para el conocimiento de las venideras generaciones, es innata en el hombre. Díganlo si nó, aquellas tablas de la Ley, conservadas en la Aurea Arca del templo de Jeresalem, para citar algún hecho positivo. ¿Que es este Arca Santa, sino la sagrada Biblioteca en donde se conserva el decálogo a seguir por el pueblo de Israel?... ¿Y que es ese Decálogo, sino una Biblioteca, encerrada en diez únicos artículos que son síntesis gloriosa de toda moral posible?

¿Una biblioteca cervantina? Tarea árdua, digna de un estudio detenidísimo, documentado y sin precipitaciones de última hora es la que vamos a acometer, parafraseando las palabras aquellas del Príncipe de los Ingenios dirigía a su desinteresado protector D. Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos y de Villalba, en la dedicatoria de «Los trabajos de Persiles y Sigismunda»... «Y quiera el cielo que por atrevido no salga con las manos en la cabeza». Palabras que viénneme a punta de pluma para decir lo mismo de este mi trabajo.

¡Biblioteca! ¡Cervantes! He aquí dos palabras confundidas en amoroso abrazo formando concepto que sugiere acometer nobles tareas y altas empresas a todo espíritu culto y delicado que ame la belleza y el saber. ¡Biblioteca Cervantina! Y más cuando todavía no se ha llevado acabo—ni creo que en parte alguna se haya pensado poner en práctica—la empresa que sucintamente apuntamos en este bosquejo, aun cuando sea una obra verdaderamente necesaria para elevar el nivel intelectual y cultural de la Patria. Y es que en España—triste es decirlo—se relegan las necesidades a último término, para dejar paso franco a las superfluidades y a los lujos; y mientras Cervantes no tiene en la capital de España, sino un irrisorio monumento, una estatua de una mediocridad abrumadora, se piensa levantar un monumento a Dícanta y a tantas otras medianías literarias, y tantos otros efímeros pasajeros del camino de las Letras, de las Ciencias y de las Artes. ¡Quiera el cielo que el «consumatum est» no llegue a resonar en nuestro corazón con gritos de remordimiento!

(1) Párrafos entresacados del trabajo «Medios conducentes a la creación de una Biblioteca cervantina en esta capital», premiado en los Juegos Florales, y del cual es autor nuestro redactor Faco Tolsada. Damos a la publicidad estas cortas líneas, que carecen en muchos casos de hilación a causa del poco espacio de que disponemos en el presente número.

